

anna langfus

la sal
y el
azufre

La sal y el azufre es el relato, escrito en primera persona, de las vicisitudes de una joven judía perseguida por los nazis.

Libro subjetivo, cuya protagonista lucha, se debate para salvar a sus seres queridos, para sobrevivir o para morir, sin plantearse cuestiones sobre el bien o el mal. Su dignidad proviene de la manera instintiva con la que acepta ciertos valores humanos.

Azufre y sal, toda la tierra es un brasero.

DEUTERONOMIO, XXIX.

CURSO PREPARATORIO

Cuando el señor Luka reía, echaba la cabeza hacia atrás y sólo se le veía el vientre, estremecido por la risa. Hubiérase dicho que los extraños sonidos en que se traducía la hilaridad del señor Luka surgían de su vientre. Una especie de inquietud se adueñaba entonces de los testigos de la crisis; aquella sucesión de grititos ahogados sugería poderosamente un horrible asesinato en plena comisión. El señor Luka reía en aquel momento, y quizá por esto no los oímos llegar. Cuando los vimos estaban ya encima de nuestras cabezas, cruzando el cielo uniformemente azul. Brillaban al sol como pequeños instrumentos preciosos y precisos. Mi madre los miraba extasiada y un resplandor danzaba en sus ojos. Yo miraba a mi marido, sentado a mis pies, que se había llevado la mano a la frente para protegerse del sol. Aquel día nos hallábamos todos reunidos en el balcón y acabábamos de almorzar. La luz recortaba en metal las hojas del jardín. Dos obreros trabajaban en la reparación de una cerca. Moviéndose lentamente, parecían también embotados por el calor excepcional de aquel día de setiembre. Otros aviones habían surgido, como suscitados por el mismo azul del cielo, y se dedicaban con aplicación a tejer las mallas de una red invisible.

—Miren, miren —decía el señor Luka, cuya cabeza había reaparecido sobre sus hombros—; vamos, no digan que no somos capaces de defendernos. Miren esto y confiesen que

tenemos con qué hacernos respetar. ¡Los que hay...! Polonia se prepara.

Y en su voz vibró una determinación viril.

Mi padre acababa de servirse la tercera taza de té y sonreía con benevolencia. Los árboles del jardín despertaron, de pronto sacudidos por un súbito estremecimiento, sin que advirtiéramos el menor soplo de viento. La segunda bomba cayó al otro lado de la cerca en la que trabajaban los dos hombres. Les vi arrojarse al suelo. Mi padre había inmovilizado la taza muy cerca de sus labios, y ahora la dejó de nuevo encima de la mesa con precaución como consciente de su extrema fragilidad. El señor Luka, lamentablemente, repetía, una y otra vez:

—Es un error, les aseguro que es un error, un simple error...

Mi madre había fruncido el ceño; en su frente se había abierto un profundo surco por el que se retiraba toda la juventud de su rostro.

—Entrad en casa, hijos míos —nos dijo—. De prisa.

Su voz era como una mala imitación de sí misma. Juiciosamente, volvimos al comedor, y, sin saber demasiado por qué, nos sentamos en torno de la mesa grande, cada uno en su sitio habitual. Oímos cómo se cerraban, una tras otra, todas las ventanas del piso. Era Nunú, mi niñera, que se apresuraba a aislar nuestro pequeño universo del desorden exterior. La explosión de la tercera bomba se confundió con el estruendo que hizo nuestra lámpara de cristal al desplomarse en medio de la mesa. Nadie se movió aparte del señor Luka, que se contorsionaba para levantarse de un sillón que rellenaba con exceso. Observé ante mí un fragmento de una de las lágrimas de cristal, en el que la luz liberaba sus colores. El ruido de una silla al ser retirada hacia atrás me obligó a levantar los ojos, y vi que mi madre desaparecía en la estancia contigua. En aquel preciso instante vi también el rostro de mi marido. Un largo reguero de sangre le cruzaba la frente. Tuve entonces la breve visión de un

grabado que ilustraba uno de mis viejos libros de Historia, en el que aparecía, bajo las bóvedas de un subterráneo, un hombre al que torturaban, antes de lanzarme hacia Jacques y estrecharle entre mis brazos. Sólo acertaba a repetir su nombre, oprimida por un sentimiento nuevo e intolerable.

Jacques creía que, simplemente, tenía miedo de los aviones e intentaba tranquilizarme.

—Ya han pasado —decía—, y no volverán; se acabó...

Detrás nuestro oí a Nunú que exclamaba:

—¡Jesús y María! Pero si está usted herido, señor Jacques...

—¿Yo? —exclamó Jacques, asombrado.

Y me apartó suavemente. Se pasó una mano por la frente, y la retiró roja de sangre.

Mi madre volvía cargada de pertrechos farmacéuticos. Con autoridad, tomó a mi marido en sus manos, y, con ademanes precisos, inteligentes, le lavó la herida, la desinfectó y fijó el apósito con una tira de esparadrapo. La niñera, entre tanto, repetía:

—Es el fin del mundo, el fin del mundo...

El señor Luka se había liberado de su sillón y permanecía de pie, siguiendo con mirada de asombro los movimientos de mi madre. Su vientre había perdido parte de su arrogancia y daba la impresión de pender un poco, como un globo deshinchado. Tímidamente, intentaba aún engañarse a sí mismo.

—Sin duda ha sido un error. Siempre puede producirse un error durante las maniobras...

El verdadero bombardeo, del que sólo habíamos sufrido el preludeo, comenzó. Las bombas caían sin interrupción, estallaban lejos unas veces, y otras en las proximidades, alternando los latidos de nuestros corazones de manera imprevista. Los fragmentos de la lámpara, encima de la mesa, empezaban de pronto a vibrar y se producía como un cascabeleo de luz y de colores. Oímos los cristales de una ventana que saltaban hechos astillas. Observé que el

bigotito de mi padre temblaba por uno de sus extremos, ridículamente, como agitado por un tic nervioso. El señor Luka se agarraba al bufete. Con la ayuda de Jacques, mamá se dedicaba a recoger los trozos de lámpara esparcidos por todo el comedor. Lo hacía con calma, con una expresión de gravedad que sugería que lo único razonable que cabía hacer era precisamente poner orden en la estancia.

—Señora María, ¿cree usted que durará mucho? —preguntó la vocecilla del señor Luka—. Tengo que volver a casa. Sí, sí —se obstinaba—, he de volver.

—Si se ve con ánimo, vaya. Si no, espere y póngase tranquilo.

Luka olvidó su miedo y dirigió una mirada maligna a mi madre.

—Parece que no se andan con chiquitas con los judíos.

Dejó transcurrir unos segundos para poder juzgar el efecto de sus palabras, cuyo único resultado fue poner de nuevo en movimiento el bigote de mi padre, y luego repitió, silabeando claramente:

—Parece que no se andan con chiquitas con los judíos.

La casa tembló, y tuve la impresión de que el suelo vacilaba bajo mis pies. La voz del señor Luka volvió a sonar de nuevo humilde e insegura.

—Tal vez sería más prudente bajar al sótano.

—La puerta del sótano está debajo de la escalera, a la derecha —dije.

El señor Luka ya no me divertía. En aquel momento le odiaba. Estaba deseando perder de vista su feo y lívido rostro. Pero no fue necesario enseñarle el camino. Apenas oyó mis palabras corrió hacia la puerta, y la dejó abierta tras de sí.

—Los alemanes tendrán al menos un aliado, aquí —dijo mi madre.

Se produjeron todavía dos o tres explosiones sordas, lejanas, un avión pasó, volando muy bajo, y luego se hizo el silencio. El rostro de mi padre se serenó. Se acercó al bufete.

te y sacó una botella de licor y una copita. Después de llenarla se volvió hacia nosotros:

—Necesito entonarme.

Era su fórmula habitual para justificarse cada vez que sentía deseos de tomar una copita de licor. Aquello bastó para hacernos creer que todo continuaría como en el pasado, que el orden cotidiano de nuestra vida se prolongaría indefinidamente, a pesar de la guerra, a pesar de los alemanes.

—Eso que cuentan de los alemanes —dijo mi padre—, me parece muy exagerado. En realidad, ¿qué sabemos de ellos, de lo que hacen y lo que dejan de hacer? Nada. Nada concreto. En mi opinión, sería estúpido dejarse impresionar por rumores que nadie ha comprobado.

Acodado en el bufete, la copa en la mano, mi padre exponía con serenidad las razones que teníamos para no alarmarnos. Pero nadie le escuchaba. Todos hablábamos a la vez, reíamos, bromeábamos, afanosos por restablecer un equilibrio comprometido por un instante.

—¿Y si jugáramos un póquer? —propuso Jacques.

Durante los días que siguieron jugamos mucho al póquer.

Deliberadamente, volvíamos la espalda al porvenir. Sólo importaba el hecho de estar juntos en nuestro pequeño universo cerrado. Habíamos pegado cintas de papel, en forma de cruz, a los cristales de las ventanas, para protegerlos, y con esto nos considerábamos a salvo. Los bombardeos ni siquiera nos turbaban. No nos considerábamos aludidos. Las bombas caían, y nosotros jugábamos al póquer.

Uno de mis antiguos compañeros había adoptado el hábito de reunirse con nosotros. Antes de sentarse colocaba encima de la mesa una mascarilla. En aquella época se hablaba mucho de bombas de gas. En cuanto se oían las primeras explosiones, mi amigo dejaba las cartas, decía cor-

tésmente: «Perdón», y se ajustaba la máscara. Después, con la mayor natalidad, reanudaba la partida.

Como en el interior de una burbuja suspendida en el espacio, lejos de la tierra, inconscientes de la fragilidad de nuestro refugio, jugábamos al póquer mientras la bestia avanzaba implacablemente sobre sus millares de patas, comía con sus millares de bocas, llevaba la muerte al extremo de sus millares de brazos. Hasta que una noche penetró en la ciudad, sin hacer ruido, y se instaló en medio del sueño de los hombres.

Era una noche como las demás, apacible. Como lo había hecho siempre en mi niñez, hasta que me casé, yo me había acostado antes que los demás, porque, instintivamente, al volver a la casa de mis padres había adoptado de nuevo mis antiguos hábitos. Las voces de las personas mayores, mi marido y mis padres, que llegaban ahogadas hasta mí, me producían un sentimiento de paz, de seguridad, el mismo que siempre había experimentado en la cama, y que procedía de la sensación de que otros velaban, otros decidían, otros sabían lo que habría que hacer en cualquier circunstancia, sin que yo tuviera que preocuparme. Después apareció Nunú, llevando en la mano el eterno vaso de noche. En vano protestaba yo, y le aseguraba que ya era lo bastante mayorcita para levantarme; todo era inútil. La niñera, molesta, me decía: «¡Claro que te levantarás! ¡Descalza, para pillar un resfriado! ¡Te conozco demasiado!». Si insistía, asegurándole que jamás tenía necesidades de aquel género durante la noche, replicaba, gravemente: «Esto no puede saberse de antemano». Y dejaba el vaso de noche junto a la cama, a la vista. Aquella noche lo miré, forma barriguda de porcelana blanca que parecía burlarse de mí. Generalmente me apresuraba a empujarlo bajo la cama en cuanto la niñera salía del cuarto. Pero aquella noche no lo hice. No podía apartar la mirada de él; le encontraba un aire a la vez burlón y tranquilizador; le atribuía, imaginariamente, una expresión de malicia bonachona, de picardía un

tanto burda. Formaba parte de estas cosas sencillas y sólidas en las que descansa un universo cotidiano. Gnomo benévolo, genio titular, dios lar. Me sorprendí a mí misma, disgustada, preguntándome por qué me avergonzaba de él, por qué me empeñaba en disimularlo a toda costa. Y pensaba también en la niñera, en sus besos que olían a lejía, a tabaco, y, cosa rara, a vainilla. Antes de salir, la niñera me había dicho: «El señor Jacques es todo un caballero; pero, aun así, no debieron casarte todavía». Cada noche se despedía con estas palabras. Yo me sentía culpable ante ella. Culpable por haberme marchado todo un año al extranjero, con mi marido, por haber permitido que otra existencia, otros hábitos, otros rostros tomaran posesión de mí. Pensaba en sus celos de todas las institutrices que se habían sucedido a mi lado, y a las que la niñera encontraba siempre algún defecto imperdonable, hasta el punto que mi madre, cansada de luchar, acababa siempre por despedir a una para contratar a otra que se revelaba peor todavía. Tales pensamientos no eran nuevos en mí. Pero en lugar de alejarlos, como solía hacer, aquella noche me complacía en ellos, y me remontaba a la infancia, de la misma manera que se dirige una última mirada a un paisaje familiar antes de abandonarlo para siempre.

Poco después de haber salido la niñera, mi madre cruzó la habitación. La llamé. Se inclinó para besarme y la abracé estrechamente.

—¿Qué te pasa? —me preguntó.

Seguí abrazándola, sin contestar.

—Procura pasar buena noche.

—¿Crees de veras que vendrán...?

—Creo, chiquilla, que ahora tendrás que darte prisa en hacerte mayor.

Un rectángulo de luz inunda la habitación. En el centro del mismo se encuentra mi padre, en pijama, descalzo. Los

golpes en la puerta cesan un momento, y luego se reanudan con mayor violencia. Mi padre no se mueve. Los golpes han despertado también a Jacques; sentado en la cama, escucha. La voz de mamá llega hasta nosotros, velada todavía por el sueño.

—¿Qué ocurre?

Nadie le contesta. Los tres seguimos allá, privados de voz y de movimiento, mientras las llamadas a la puerta redoblan de impaciencia. Mi madre cruza rápidamente el cuarto y desaparece en el pasillo. Oímos su chancleteo mientras se dirige hacia la puerta.

—¿Quién es? —pregunta.

Su voz suena singularmente tranquila.

La respuesta llega inmediatamente: una sola palabra, muy clara, cuyo peso destruye inmediatamente el equilibrio de la espera y nos lanza al mundo del miedo.

—*Aufmachen!*

Salto de la cama. De pie, al lado de mi padre paralizado, oigo el tintineo de la cadena al ser retirada, el ruido del cerrojo al abrirse, el leve gemido de la puerta.

—Dormíamos... —dice mi madre, en alemán.

—Lo siento —dice la otra voz, impersonal—. ¿Cuántos hombres viven aquí?

—Dos.

—¿Edad?

—Cincuenta y tres años y... Escuche...

Pero el otro no escucha. Unas pisadas fuertes se acercan, y el haz de luz de una linterna eléctrica barre la penumbra del cuarto, se adueña del rostro de mi padre, revela su bigote tembloroso y sus párpados, que se abren y cierran sobre unos ojos asustados. Después me toca a mí. La luz se detiene largo rato en mí antes de descubrir a Jacques.

—Usted —dice el hombre, disimulado tras el resplandor deslumbrante de su linterna—, vístase y venga conmigo.

Me arrojo hacia delante, atropellando el haz de luz que nos separa, y logro asirle de la manga.

—No puede ir con usted —dijo, esforzándome por construir frases en alemán—. Está enfermo, muy enfermo.

—Enciendan la luz —dice el hombre, como si no me hubiese oído.

Alguien hace girar el interruptor y el hombre aparece en medio de nosotros: unos cuarenta años, ancho de hombros, cuerpo casi cuadrado. Sus ojos parecen cortados en la tela verde de su uniforme. No es más que un hombre, un hombre como los demás. Y pierdo el miedo.

—No puede llevárselo —digo, con firmeza.

El hombre me mira, en mi camisón transparente, con la misma sonrisita con que lo hubiese hecho otro hombre cualquiera en su lugar. Ello me presta todavía más seguridad.

—Estaba segura de que lo comprendería.

Su sonrisa se desvanece inmediatamente.

—Lo siento —dice—, hemos recibido la orden de concentrar a todos los hombres en edad de llevar armas.

—Pero si le aseguro...

Ante aquel rostro pétreo, ceso de encontrar palabras.

—Es inútil insistir —dice todavía—. Es la orden.

Jacques se levanta y empieza a vestirse, tranquilamente, metódicamente.

—Más de prisa —dice el alemán.

—¿Adónde le lleva? —le pregunto, inclinándome así, ya, a su voluntad.

—Lo guardaremos como rehén. Queremos estar seguros de que sus compatriotas se estarán tranquilos. Si todo marcha bien, no tardará en volverle a ver.

Jacques acaba de vestirse. Ya no me pertenece. Pertenece a este hombre vestido de verde, de rostro inexpresivo. Cuando está listo, mi madre le ofrece su impermeable. El ademán simple con que lo coge, me hace perder la cabeza. Ya no pienso en construir frases: con palabras incohe-

rentes, en alemán, en polaco, me agarro a ese hombre que la noche ha arrojado entré nosotros, le suplico que no se lleve a mi marido, que me lleve a mí, que me mate... Con un movimiento del brazo, el hombre me rechaza y una sombra de desprecio pasa por sus ojos. En el momento en que salen, los dos, empiezo a chillar, a chillar cada vez más fuerte, mientras mi madre me sujeta, me abraza con fuerza, firme, despiadada.

La puerta se cierra de golpe tras ellos, y, de pronto, me calmo. Mi padre sigue allá, inmóvil, en pijama, con su bigotito que no cesa de temblar por uno de sus extremos. Veo a la niñera, que se oculta en un rincón. Los tres tienen los ojos fijos en mí, sus ojos llenos de compasión. Mi madre intenta una caricia tímida. La rechazo. La cólera que se alimenta de mi impotencia se revuelve contra ellos, cobardemente.

—Bueno, ¿a qué esperáis para volver a acostaros? Estaríais mucho mejor con el calorcillo de la cama. No vale la pena fingir. Nunca le quisisteis. Os privaba de mí. Tal vez no vuelva, tal vez lo maten... Pero tampoco a mí volveréis a verme. ¡Me voy! ¡Me voy!

Apresuradamente, equivocándome a cada paso, poniéndome las prendas al revés, recomenzando de nuevo enfurecida, me visto. Mi padre sale de su inmovilidad. Da un paso hacia mí.

—Mira a tu madre —me dice—. Mírala. No puede más.

—No, eso no, nada de chantajes sentimentales. ¡No has hecho nada para impedir que se lo llevaran! ¡Nada!

—Ya viste que no había nada que hacer.

Mi comportamiento ridículo, mi cobardía inútil, mis vanas súplicas, todo vuelve a mí en un instante.

—¡Os odio! ¡Os odio! ¡Fuera de aquí!

La niñera sale de su rincón y hace intención de acercarse. Pero mi madre la retiene, la obliga a salir, y se retira también, llevándose a mi padre.

Sola, me empeño en introducir los pies en los zapatos, para preguntarme luego, cuando lo he conseguido, por qué lo he hecho, con qué fin. Todo lo que ha ocurrido esta noche retrocede de pronto a un pasado insondable. Llevo toda una eternidad sentada en esta silla. Algo me duele. Vagamente. Algo que forma parte de mí. Un sufrimiento muy antiguo que hinca sus raíces más allá de mi memoria. ¿Por qué estoy sola? ¿Dónde están los demás? Mis ojos se fijan en un punto, junto a la cama. En un objeto negro, brillante, profundo. Al fin una niebla se forma ante mis ojos. Vuelvo la cabeza... La niebla se disipa y mis miradas se posan en la zapatilla de piel que pertenece a Jacques. Me levanto de un salto y grito: «¡Mamá!». E inmediatamente sus brazos se cierran a mi alrededor, me estrechan, me acunan, me acunan...

... Hasta que advierto la luz del nuevo día que amanece tras los postigos. Y digo, con calma:

—Voy a salir. Tengo que averiguar adónde lo han llevado.

—Sé prudente —se limita a contestar mi madre.

Cierro suavemente la puerta tras de mí. La calle está desierta. Camino largo rato antes de tropezarme con el primer hombre del día. «Están allá —me dice—, en la plaza Lipowa». Y, en efecto, allá están, agrupados en el centro de la plaza, masa sombría en la que es imposible distinguir rostro alguno. Un cordón de soldados alemanes les separa del mundo. Caminando lentamente doy la vuelta al grupo y me detengo delante de cada uno de aquellos hombres, les miro detenidamente a la cara, en busca de una rendija por la cual colarme. Pero siento en mi interior que podría golpear con ambos puños aquellos pechos impenetrables sin provocar siquiera un parpadeo. Sólo un soldado muy joven me sonrío. Tal vez esta sonrisa... La única grieta en la muralla. Me acerco, humilde, suplicante. El soldado me escucha y meneaba la cabeza. No, no puede dejarme pasar. Prohibido. Una orden es una orden. Insisto. La sonrisa desaparece, la

mirada se pierde a lo lejos, por encima de mi cabeza. Así doy la vuelta varias veces a la inmensa plaza Lipowa, acercándome a una y otra de aquellas figuras pétreas. Cuando me siento demasiado fatigada, me siento en el suelo, y después vuelvo a empezar. Una mirada, una expresión, por fugaz que sea, de ironía o curiosidad, basta para hacerme creer en el milagro de que surja allá un hombre al que se pueda hablar, al que yo pueda suplicar, convencer... Pero mis palabras caen como un puñado de gravilla sobre un muro. Al fin, sólo sé repetir maquinalmente: «Déjeme pasar... Déjeme pasar...».

Al día siguiente devolvieron la libertad a los rehenes. Encontré a Jacques cuando me dirigía hacia la plaza Lipowa. No tardé en volver a mis antiguos hábitos. Volví a salir. Con Juliette. Juliette era una muchacha alta y melancólica, de nariz larga y labios amargos, que dirigía miradas tristes a todos los jóvenes con quienes nos cruzábamos. El amor era su gran preocupación y su tormento. A falta de algo mejor, había hecho de él su único tema de conversación. Una mirada dirigida a mí, de paso, le bastaba para edificar sobre ella, inmediatamente, las intrigas más inverosímiles. Por esto salía con ella. Necesitaba la compañía de un ser para quien en el mundo sólo tenían importancia las historias de amor... Debía vivir como si nada hubiese ocurrido. Juliette y yo volvíamos la espalda a la realidad. Y no era fácil. En las calles resonaban las palabras extranjeras, y las miradas tropezaban con rostros que revelaban la incertidumbre y el miedo. Pero a la larga supe cegarme a mí misma y volverme sorda voluntariamente. No quería oír ni ver nada que pudiera perturbar la clase de vida que yo llevaba, fuera del tiempo. Hasta el día en que encontré, sentado en un peldaño de nuestra escalera, a aquel viejo judío.

Estaba sentado con la cabeza entre las manos. No me dejaba pasar. Permanecí un rato ante él, pero por lo visto no se daba cuenta. Al fin le dije:

—Perdón, señor.